
PRINCIPIOS ECONÓMICO-POLÍTICOS

en que se funda el sistema

DE LA LIBERTAD DE COMERCIO,

POR

D. Benigno Carballo Vanguemert.

SEÑORES :

Antes de entrar en el desarrollo de mi tesis, permitidme que os diga algunas palabras, debidas en justicia al sitio en que me siento y á la concurrencia que me escucha. Dedicado hace algun tiempo al profesorado público, afiliado en la Liga española para la propagacion de la libertad comercial, y dado por aficion y por deber á los estudios economistas, no es esta la primera ocasion que hablo delante de un público ilustrado y numeroso; y sin embargo, debo confesar á fuer de sincero, que nunca he sentido pesar sobre mi la dificultad y el embarazo que pesan esta noche. Es que hablo en el Ateneo de Madrid; es que me presento en una sociedad justamente reputada como la primera sociedad literaria en España; es que vengo al palenque en donde han dado sus pruebas las primeras celebridades literarias, científicas y oratorias de nuestro país; es, señores, que hablo en presencia del público, que una y otra hora, uno y otro dia, cultiva el pensamiento con la más afanosa solicitud.

Yo no puedo apartar de mí la idea de que voy á someterme á una ruda prueba, á exponerme á una severa crítica, que será severa porque tiene derecho de serlo, y sobre todo, es

imposible que yo olvide en este instante que fué el Sr. Alcalá Galiano, una de nuestras glorias clásicas en la oratoria, el que abrió hace algunos días estas *Conferencias libre-cambistas*; el Sr. Alcalá Galiano, cuya elocuencia tantas y tantas veces sentida, aplaudida por todos los medios imaginables, así en este como en otros teatros del buen decir, vais á comparar con la palabra mia, descolorida, flaca de fuerzas, despojada de antecedentes y de autoridad. Traed á la memoria lo que este ilustre orador os dijo, lo castizo de su lenguaje, lo oportuno de su improvisacion y la crítica llena de ocurrence y delicada gracia con que sacó á la vergüenza pública la vieja y decadente idea proteccionista, y decidme si á tan buenos principios no corresponde una continuacion más levantada y menos modesta que la que yo puedo proporcionaros.

Sin embargo, señores, rodeado de circunstancias tan desfavorables y atormentado por recuerdos como los que os acabo de indicar, hay una consideracion que me da fuerzas. Pertenezco á la Liga, estoy afiliado á la causa de la libertad comercial, la he defendido de palabra, la he defendido por escrito; debo defenderla una y cien veces más, debo continuar ofreciéndole la pobre ofrenda de mis fuerzas, debo, en suma, como soldado de una milicia, cumplir esta noche mi consigna libre-cambista. (*Bien, bien.*)

No vengo aquí á haceros un discurso ni á sustentar una opinion determinada en debate contradictorio y en presencia de un adversario: vengo á explicaros una leccion, á desenvolveros un tema, á demostraros y presentaros el fundamento económico político de la libertad de los cambios. Mi tarea es la tarea del expositor.

Yo no sé, señores, en estos momentos cuál es el fundamento, la base científica en que se apoya la libertad de los cambios; no la quiero saber, y lo que es más extraño, es que supongo que tampoco vosotros la sabeis, pero por lo mismo que no la sé, que no la conozco, me propongo buscarla y os invito para que me acompañeis en una exploracion por el campo de las ideas economistas.

Comienzo.

Echando una mirada hácia este medio social en que vivimos,

lo primero que se presenta á vuestra vista es el hombre, el individuo, el elemento simple, la molécula, si puedo así explicarme, de la sociedad: el individuo gravado con la carga de las *necesidades* y favorecido con el recurso de las *facultades*; el individuo con exigencias respecto de su parte material, con aspiraciones en el corazon, con vacíos en la inteligencia, con secretos de naturaleza que han de cumplirse necesariamente; el individuo que á semejanza de las plantas que atraen del suelo y de la atmósfera jugos nutritivos que llevan la vida á sus tallos y á sus hojas, necesita extraer del medio en que vive sustancias materiales para su cuerpo, ideas para su inteligencia, sentimientos para su corazon; el individuo que al lado de esta pesada carga y de este gravámen impuesto por la naturaleza tiene un poderoso medio en el poder de sus facultades. Sí, señores, en el poder de sus facultades, palanca con que se han obrado y obran todos los dias verdaderos milagros, instrumento á favor del cual el sér humano se ha extendido sobre la tierra y ha dejado por do quiera impreso el sello de su actividad, ora cambiando y modificando de varias maneras y por variados modos todas ó casi todas las sustancias, ora descendiendo á las entrañas del planeta que habita, ora atravesando los mares, horadando las montañas y visitando las más próximas como las más apartadas regiones, ora, en fin, fabricando, por decirlo así, con sus propias manos las artes, la industria, las ciencias, la civilizacion.

¿Qué estado, qué situacion será la que convenga más al individuo, y dentro de la cual le sea dable desarrollar su actividad y satisfacer sus exigencias de naturaleza? ¿En qué estado, en qué situacion tendrá su cumplimiento la ley del trabajo?

Supongámosle en la vida del aislamiento. Es, por ejemplo, el indio bravo que vaga por las montañas mejicanas, es un habitante de la Australia, pertenece á alguna de las islas del archipiélago filipino ó á alguna de esas tribus salvajes que vagan por los arenosos desiertos africanos; es, si quereis, un nuevo Robinson en una isla desierta: solo ha de vivir, solo ha de peregrinar por la tierra, solo, enteramente solo ha de hacer la jornada de su vida.

¡Qué situacion la suya! ¡Qué condicion la suya! ¡Qué felicidad la suya! El ejercicio de su actividad se reduce á la explo-



racon de un corto espacio de territorio ; caza y pesca, trepa á las copas de los árboles para procurarse algunas frutas silvestres; su morada es pobre choza de troncos y de ramas fabricada , sus vestidos pieles, sus adornos plumas, apenas alcanza á satisfacer sus más groseros apetitos. El caudal de sus ideas está reducido al conocimiento imperfecto de algunos fenómenos naturales como son el salir y ponerse el sol, el caer de los cuerpos, el llevar los rios su curso tranquilo ó precipitado, el nacer y el morir: fenómenos que conoce tan sólo como hechos existentes, pero sin pensar ni sospechar que puedan tener otra explicacion. Apenas hay deseos en su voluntad, puesto que no le es dado querer, no pudiendo ó no sabiendo pensar, la pobreza, y de este modo marcha en perfecto paralelismo con la de su inteligencia. El mundo para él no pasa más allá de la sierra que se desarrolla ó extiende á su vista, ó más allá del horizonte que le ofrece la mar, cuyas playas recorre ; nunca una idea grande en su inteligencia, ni una aspiracion levantada en su corazon: desnudo de ideas, privado de medios que secunden su trabajo, y reducido á la satisfaccion de sus apetitos más groseros, se arrastra como un reptil, alcanzando ó llevando una existencia desgraciada.

Ciertamente, señores, que no es este su estado natural, que no se cumple aquí la ley de su destino, que no es el hombre en circunstancias tales lo que la naturaleza ha querido que sea. El estado que le conviene, la situacion adecuada á su naturaleza debe estar en otra parte. En otra parte pues debemos buscarla.

Reparad que las facultades humanas no se manifiestan del mismo modo en todos los individuos. Nosotros les damos ciertos nombres en el estudio de la psicología, y las denominamos inteligencia, razon, imaginacion, voluntad, etc., ó les aplicamos otras denominaciones; pero en la manera de manifestarse, de emplearse, de exteriorizarse, si puedo hablar así, revelan y descubren en cada hombre una tendencia diferente. El lenguaje vulgar llama á esta tendencia *vocacion*, voz de la naturaleza, sentimiento innato, fuerza ó impulso secreto que nos lleva por distintos senderos en la vida. Nosotros la llamaremos simplemente *aptitud*, y diremos que son tan numerosas las aptitudes como los individuos, que así como no hay en el mundo exterior dos objetos exactamente iguales, ni dos hojas de un mismo árbol completa-

mente idénticas, no hay dos aptitudes que sean exactamente las mismas. Y si tan marcadas y características diferencias separan y distinguen la personalidad de cada individuo, cuando dirijais la mirada al conjunto de los séres humanos, notareis que esos agrupamientos conocidos con el nombre de comarcas, países ó naciones, tienen tambien las suyas, dándose á conocer unas y otras con caracteres perfectamente determinados; notareis, digo, que hay *aptitudes nacionales* como hay *aptitudes individuales*; que así como no se confunde la novela inglesa con la novela francesa, así como el mismo pensamiento desarrollado por el escritor alemán no afecta la misma forma que desarrollado por el escritor de España ó de Italia, así el producto de la industria de un país, aún tratándose de aquellos que puedan competir en perfeccion, tiene algo que revela su origen y procedencia, algo que es como un espejo en que se refleja la fisonomía del país, algo que traducido significa: España, Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Estados- Unidos.

A esta variedad y desigualdad de las aptitudes acompaña la reparticion por parte de la naturaleza de los agentes con que se cunda el poder del hombre y coopera á la produccion de la riqueza. La Providencia ha querido que, al lado de estériles llanuras, se encuentren escabrosas y difíciles montañas, que unas comarcas estén favorecidas con una gran riqueza vegetal y otras con una gran riqueza mineral ó animal, que las unas sean islas, las otras penínsulas y las otras continentes, que cada region tenga su constitucion geológica particular, que los vegetales y minerales estén repartidos segun los climas y la latitud de los pueblos, que ciertas zonas estén envueltas por una atmósfera de calor y de luz y otras por el frio y la oscuridad: en una palabra, la Providencia ha querido que haya tambien *aptitudes locales*.

Ahora bien, señores, aptitudes individuales por una parte, aptitudes nacionales por otra, y reparticion desigual y distinta de los agentes de naturaleza además, hé aquí un rico conjunto de buenos y sólidos materiales para levantar el edificio de un gran sistema. ¿Quién sabe si en este sistema encontrará el hombre el estado que le conviene, el que está indicado en los elementos constitutivos de su sér? ¿Quién sabe si aquí encontrará la ocasion de desarrollarse como actividad? ¿Quién sabe?...

Toda vez, dice un individuo, que yo no puedo ni debo vivir en el aislamiento y necesito del auxilio y cooperacion de mis hermanos los demás hombres, formemos todos una gran asociacion: mi conciencia me dice que yo soy propio para la vida de las ideas, para la investigacion de la verdad, para las grandes cuestiones que interesan á mi destino: *soy filósofo, quiero ser filósofo*. Y otro dice: tengo una senda señalada, he venido al mundo para seguirla, á mi me gusta la vida de la fantasía, me place apartarme alguna vez del mundo de la realidad y elevarme á la contemplacion de cosas y de seres más perfectos que los que conozco y trato en la escena social; *he nacido poeta, quiero ser poeta*. Y un tercero dice: yo soy hombre práctico, nada para mí de teorías, ni de altas investigaciones, yo quiero moverme aquí abajo en este mundo de la industria y de la produccion, quiero seguir el movimiento de las mercaderías, acompañarlas en su entrada y salida, comparar sus precios de produccion y de venta, calcular los beneficios; he nacido para los negocios: *soy comerciante, quiero ser comerciante*. Y un cuarto dice: á mi me place hacer un estudio fisiológico y anatómico de la sociedad, averiguar la forma propia para la gobernacion de las naciones, y cual otro jinete tomar en mis manos las riendas para conducir á los hombres por el camino de su bienestar: *yo soy hombre político, quiero ser político*. Y á este tenor, cada cual va escogiendo aquella profesion que responde mejor á la voz secreta de su naturaleza, limitando y encerrando el ejercicio de su actividad dentro de una esfera pequeña, y abandonando en manos de los demás hombres el cuidado de desempeñar las demás carreras y profesiones.

Así se forma un gran sistema, una vastísima série, una progresion casi infinita cuyos términos son las industrias, carreras y oficios que el hombre sigue, y se nos presenta un fenómeno económico político de grandísima importancia, fenómeno cuyo valor no apreciamos bastante, porque nacidos y formados bajo su influencia, nos ha llegado á ser muy familiar: este fenómeno se llama *division del trabajo*. Consideradle en su magnífico conjunto, representaos el mundo como un gran taller, figuraos que asistís á sus operaciones y á su mecanismo y que al lado de los trabajos de la caza, pesca, explotacion mineral, agricultura, fa-

bricacion y comercio, de esos trabajos que tienen por objeto imprimir en la materia el sello de la actividad del hombre, figuran los del médico, abogado, hombre público, filósofo, naturalista, químico, físico, literato, poeta, pintor, escultor, etc., y os deslumbrará con sus magníficas proporciones y con su imponente grandeza. Y si de las grandes industrias descendéis á las familias, especies y clases distintas en que se diversifica y desenvuelve cada una, llegareis á formaros más cabal idea de este hecho economista, y casi apurareis los recursos del Diccionario para expresar tantas y tantas industrias fabriles, tantos y tantos géneros de comercio, tantas y tantas empresas, hasta llegar al trabajo del pobre obrero que pasa su vida en el taller sin hacer durante ella otra cosa que mover la lanzadera ó hacer cabezas de alfileres.

Es pues este un gran sistema; pero por lo mismo que es sistema, por lo mismo que es vasta red, que es progresion casi infinita, es menester que haya union entre sus partes, que haya nudos y mallas entre sus hilos, que haya razon entre sus términos: en otro caso sus diversas partes no serian más que unidades sueltas y no formarian asociacion ni sistema.

Hé aquí otro fenómeno económico político tan importante como el primero, hermano del primero, que nace al mismo tiempo que nace aquel, que lo completa y que unido á él viene á formar uno solo. Hablo del *cambio*, hablo de la razon de la série ó de la progresion; camino, si me permitís que así me explique, que va de productor á productor, de comarca á comarca, de nacion á nacion, de continente á continente; vínculo que une una empresa á otra empresa, una carrera á otra carrera, una profesion á otra profesion, una industria á otra industria; el nudo, la malla de la gran red social.

Creo, señores, que he encontrado lo que me proponia buscar, el fundamento económico político de la libertad comercial. Está en el cambio y en la division del trabajo, y si no lo veis claro en este momento, yo procuraré penetrar un poco más en nuestra exploracion.

La Economía política está toda encerrada dentro de estos dos fenómenos: la vasta série de los principios economistas está aquí para el economista el sistema que os he bosquejado es la socie

dad. Vosotros encontrareis entre los hombres relaciones morales ó relaciones de otra especie, lo cual os proporcionará otro estudio y otro distinto aspecto del hecho social; pero en orden á industria, á actividad, á relaciones de trabajo, ú organismo económico-político-social, todo gira sobre los dos polos que os he indicado. Yo bien sé que hay Economía política en el hombre aislado, puesto que hay trabajo y produccion aisladas, pero el hecho economista en su manifestacion social está todo aquí.

Prosigamos adelante.

He encontrado ya el estado que conviene al hombre, porque se adapta á las leyes de su naturaleza: encerrado en el estrecho círculo que le señala la division del trabajo, y unido á los demás hombres por el lazo del cambio, puede ciertamente desarrollarse y perfeccionarse. El conocimiento de su industria ó de su arte, y las ideas teóricas que le proporcionarán las ciencias que á la misma industria se refieran, le dará ocasion para perfeccionarla: los demás hombres le ayudarán en su empresa, el uno le procurará el establecimiento de crédito, el otro el establecimiento de enseñanza, los otros caminos y comunicaciones, y para su tranquilidad, para que goce sosegadamente el fruto de su trabajo, habrá otra institucion, el Estado, que á cambio de una parte mínima de su riqueza, le dará justicia, orden, respeto á su persona, á sus derechos y á su propiedad. Para que el sistema sea más completo, la cooperacion no se limitará á la de los demás hombres contemporáneos, pues tambien vendrán en su ayuda las generaciones que han pasado, con el tesoro de grandes recursos que va recogiendo y conservando la civilizacion.

¿Quereis, señores, que las ruedas de este vasto organismo funcionen con regularidad, que el movimiento no se perturbe, que la produccion tenga un curso ordenado y progresivo, que el individuo y que los pueblos encuentren en este sistema lo que necesitan para su desarrollo y bienestar? Pues entonces concededle, otorgadle lo que seguramente está en estos momentos en vuestro pensamiento, aquello cuyo nombre asoma ya á vuestros labios: la libertad.

La libertad del trabajo en fuerza de la cual cada uno pueda ejercer una profesion ó muchas, segun el impulso de su vocacion, dirigir y encaminar á su placer el empleo de sus fuerzas;

y la libertad de los cambios en cuya virtud podamos cada uno de nosotros calcular y disponer mejor de nuestros medios de acción, y los individuos y las naciones dedicar sus actividades y sus capitales á industrias verdaderamente naturales, propias: la libertad de los cambios que hace que en la gran progresión de que os he hablado cada término ocupe su lugar, que establece una gran armonía y que se traduce por esta fórmula:—*Yo trabajo para todos, pero todos trabajan también para mí.*

¿Queréis por la inversa que todo se paralice, que el mecanismo no funcione ó funcione mal, que las aptitudes no se desarrollen, que reinen é imperen la miseria y la pobreza? Entonces no concedáis libertad á la industria, ó concededsele en dosis homeopáticas; encerrad las industrias en invernaderos, declarad incompatibilidades, cread monopolios, fabricad reglamentos, y aceptad esas tres creaciones que yo no sé si dijera que son creaciones de tiempos bárbaros: la aduana, el arancel y el carabinero. (*Risas y aplausos.*)

Una consecuencia deduzco yo, señores, de lo que acabo de decir; la ley del cambio es la condicionalidad, porque dadas diversas condiciones en los individuos y en los pueblos, el cambio tiene razón de sér; porque dadas desiguales condiciones, hay desigualdad y variedad de riquezas que pueden trocarse entre sí. Pero admitidas condiciones iguales para todos, de tal manera que pueblos é individuos tengan las mismas, el cambio no se concibe ni se explica, pues no se ve su necesidad y su posibilidad. Mas de esta consecuencia se deduce lógicamente otra, y es que para que las condiciones sean verdad y la ley de condicionalidad se cumpla, es absolutamente necesario que el cambio sea libre. Suprimid la libertad y suprimis el cambio. (*Muy bien.*)

Yo no conozco un principio más fácilmente demostrable que el de la libertad del trabajo y de los cambios. Está como á la flor de las consideraciones economistas. La Filosofía lo proclama como un derecho humano, y una parte integrante de nuestra personalidad; la Economía política como una condición necesaria de desarrollo industrial; los primeros economistas, aquellos pensadores del tiempo de Luis XV y Luis XVI en Francia, á quienes la humanidad debe los primeros ensayos teóricos de ciencia económico-política, lo formularon en los dos célebres aforismos: — *dejad*

hacer, dejad pasar, — Turgot, aquel distinguido y renombrado ministro que con su espíritu liberal y reformador se adelantó á la misma revolucion, lo consideró como la propiedad más santa, sagrada é imprescriptible del hombre, y los economistas de hoy la dan el carácter de una verdad axiomática. Apenas se levanta en el seno de las Academias y corporaciones de ciencias morales y políticas una voz en Europa que defienda el sistema contrario. Recordad los Congresos internacionales celebrados estos últimos años en Europa, el de Bélgica, el de Suiza, los de Inglaterra, y decidme cuántos oradores usaron de la palabra para sustentar ese sistema de funesta memoria y más funesta influencia, impropriamente titulado sistema protector.

Lo que es el cambio de individuo á individuo, eso es de pueblo á pueblo, de nacion á nacion, de continente á continente. Si el aislamiento, si el encontrarse el individuo abandonado por entero á sus fuerzas y recursos, es para él una situacion desventajosa, tan desventajosa que apenas le permite satisfacer sus apetitos más groseros; así tambien encerrar la actividad de un país dentro de su propio territorio, es colocarle en una situacion parecida de aislamiento; él realizará muchos más fines y dará cima á muchas más altas empresas, toda vez que su industria está desenvuelta bajo la cooperacion de muchos cientos de individuos; pero estos fines y empresas serán inferiores á lo que pudiera realizar en la asociacion con los demás pueblos. Para individuos y naciones lo que conviene es que la esfera del cambio se extienda, que la esfera de la produccion y del comercio se dilaten. Y hé aquí porque incurren en contradiccion aquellos que admitiendo la libertad comercial en el interior, la rechazan para las relaciones internacionales. Esto, señores, es lo mismo que decir:—Lo que reconocemos como verdadero y bueno entre las cuarenta y nueve provincias que forman la nacion española y entre los tantos departamentos que constituyen la nacion francesa, no lo seria entre las provincias y departamentos al mismo tiempo.—Esto equivaldria á decir:—Lo que es saludable, lo que es bueno de este lado y del otro lado de los Pirineos, considerándolos separadamente, no lo seria considerándolos en conjunto.—¿Qué dirian, señores, el dia en que por un golpe de fortuna de esos que el tiempo oculta á la prevision humana, los límites de la

nacion española se extendieran hasta los Alpes, ó, por la inversa, los límites de la nacion francesa llegaran hasta las costas del Portugal? ¿Dividirian entonces la nacion en dos secciones, libre cada una de ellas en lo que al cambio concierne, pero separadas por el aduanero y el arancel? ¿Harian dos naciones distintas de una misma para los efectos económicos? El libre-cambio internacional ¿no quedaria entonces convertido en libre-cambio interior?

La lógica es inflexible. Es preciso, ó destruir todas las condiciones y matar el cambio en su origen, obligando á los séres humanos á vivir en el estado de barbarie, reducida y obligada la pobre humanidad, económica é industrialmente hablando, á no ser más que suma de unidades sueltas, sin lazos ni relaciones que las unan, ó dejar al cambio su camino abierto y expedito. O proteccion ó libertad.

No insistiré más sobre este punto. Creo que he encontrado y que vosotros habeis encontrado conmigo el fundamento económico-político de la libertad de comercio. Este fundamento está en la ley del trabajo, en la naturaleza misma del cambio, en el sistema general de relaciones de cambio, y de trabajo entre los hombres. Pero debo aprovechar este momento para rectificar ó corregir una falta de lenguaje que se comete frecuentemente, que da lugar á equivocaciones, é introduce cierta confusion en las ideas. Yo he oido decir muchas veces: —Libre-cambista, tú eres el abogado de los consumidores, que son los más; la causa del consumo te está encomendada. — Proteccionista, tú abogas por el productor, tú estás encargado de la defensa de los ricos y de los menos.—Esto es un error, un grave error, nacido de no haber hecho un detenido análisis del fenómeno del cambio. El libre-cambista es al mismo tiempo abogado del productor y del consumidor, del pobre y del rico, de los más y de los menos, porque si la libertad es favorable al consumidor, tiene que serlo al mismo tiempo al productor, y si lo es al productor, tiene que serlo al consumidor, pues todo hombre tiene á la vez el doble carácter de productor y consumidor.

Lo que hay de cierto y es conveniente explicar, es que la esfera de la produccion individual, es muy distinta de la esfera del consumo individual. Voy á detenerme aqui algunos instantes, y con esto encontrareis una nueva faz del sistema gene-

ral que os he explicado y quedará más firme en vosotros la idea de la libertad comercial.

La primera, la esfera de la producción, es para el individuo estrecha, reducida, pequeña, comparativamente con la segunda vasta, ancha, dilatadísima. Es esto un resultado necesario del sistema general de la división del trabajo y del cambio. Concretada la esfera de acción para cada uno de nosotros, no abarcando el conjunto de todas las industrias, hábiles para una sola especie de riquezas, pertenecemos á una sola carrera.—No soy más que escritor, y en la vasta carrera del escritor tal vez soy únicamente *novelista*, ó únicamente *periodista*, sin extenderme á tantas especialidades como tiene la actividad del hombre en este ramo.—Soy médico, y no me dedico al tratamiento de todas las enfermedades; pues soy simplemente *oculista*.—Soy abogado, y en vez de abarcar toda clase de pleitos, me consagro á las causas criminales ó á los pleitos de mayorazgos, pues soy solamente *criminalista* ó *mayorazguista*.—Pertenezco al profesorado público, y en la vasta extensión que me ofrece el campo de las ideas, profeso únicamente los estudios *filosóficos* ó los estudios *economistas*.—Soy comerciante, y en mis almacenes no se ven amontonadas toda clase de mercaderías, pues comercio tan sólo en *géneros coloniales*.—Y á medida que la nación es más rica, de mayor población y más industrial, el teatro ó el círculo en que se mueve el productor es más estrecho.

Por el contrario, si yo he tenido la fortuna de nacer en un país rico y civilizado, que es en donde el sistema está más desenvuelto, puedo estar seguro de que para mí trabaja casi la humanidad entera. No hay una aptitud individual, una aptitud nacional, y un privilegio de suelo ó de clima de que yo no participe en mi calidad de consumidor; y si la industria inglesa tiene el privilegio de la solidez y de la duración, y si la industria francesa tiene el de la forma y del gusto, y si la India, si la China poseen ciertos secretos de fabricación, y si determinadas comarcas de la América ó de la Europa producen frutos de exquisita calidad, todo esto me alcanza á mí, de todo esto disfruto y participo, todo esto es para el regalo de mi mesa, para el ornato de mi habitación, para el lujo de mi persona. Vivo en el Occidente de Europa, y apenas el escritor alemán ha vertido en el

libro un pensamiento nuevo, apenas el artista italiano ha trasladado al lienzo ó al papel una magnífica creacion de pintura ó de música, apenas un invento sale á la luz del día, y el ingenio humano hace una preciosa adquisicion; apenas sucede todo esto, cuando yo lo puedo estudiar, apreciar, disfrutar y saborear, porque en mi calidad de consumidor tengo asiento en el banquete de la civilizacion. (*Aplausos.*) Para mí, para cada uno de nosotros trabaja el agricultor, el fabricante, el comerciante, el abogado, el médico, el hombre público, el poeta, el pintor y la cantatriz; trabajan de consuno el hombre y la naturaleza. Tan grande es, tan vasta, tan dilatada la esfera del consumo.

Y sin embargo, estas dos esferas se equilibran, porque todo lo que consumo lo adquiero por medio de lo que produzco, porque la fórmula del cambio es, como os he dicho:— Yo trabajo para todos, pero todos trabajan tambien para mí.—Si pues la libertad me favorece en mi calidad de productor, proporcionándome el mejor empleo de mis fuerzas y de mis capitales, me favorecerá al mismo tiempo, en mi calidad de consumidor, porque me dará mayores y más abundantes recursos para extender el número de mis goces y satisfacciones, para hacerme más dulce y más grata la vida. Si me favorece la libertad en cuanto consumidor, porque la abundancia, la competencia y la baratura ponen á mi alcance los productos y las mercancías á más bajo precio, por esto mismo me favorecerá, en cuanto productor, puesto que toda economía de gastos en mi consumo, se traduce en un acrecentamiento de fuerzas productivas.

Volviendo el argumento diré: ¿Es verdad que la proteccion me perjudica en mi carácter de productor? Pues entonces me perjudicará en mi carácter de consumidor, pues seré más pobre, podré extender menos mis goces y satisfacciones. ¿Es cierto que me perjudica en mi calidad de consumidor? Pues entonces me perjudicará tambien en mi carácter de productor, pues el aumento de mis gastos en el consumo se convertirá en una disminucion de mis fuerzas en la produccion.

Estas verdades son evidentes. Hace muy pocos meses que los fabricantes de papel en España levantaron el grito de alarma, poniendo como suele decirse la voz en las estrellas: se consideraban al borde del abismo, y demandaban gracia, favor,

proteccion á la industria española papelerera y á los 300 millones empleados por ella como capital. Pero es el caso que los consumidores de papel, los editores, los periodistas, los escritores decian al mismo tiempo: — Si concedéis la gracia, si otorgais el favor, nos perjudicareis y nos matareis, porque obligados por razon de la carestía de la primera materia á fijar en 20 el precio de suscripcion que fijábamos en 40, quedarán reducidos á la mitad ó á la tercera parte el número de nuestros suscritores. — No tendremos salida para nuestros periódicos, no tendremos salida para nuestros libros. — Desoid el ruego y atendednos á nosotros, á nosotros que nada pedimos, á nosotros que queremos tan sólo que esa industria viva como la nuestra á la luz del dia, dentro de la ley de la competencia, con existencia propia, y no con una existencia prestada. (*Bien, bien.*)

Y mientras que esto decian el escritor y el editor, cada consumidor de periódicos podria decir: — Yo compro hoy por 20 la suscripcion que antes me costaba 40, por 40 el libro que antes me costaba 20, y recibo un grave perjuicio en mi calidad de productor, porque esos 40 ó esos 20 que se arrancan injustamente de mi bolsillo para llevarlos al del fabricante agraciado, se traducen en el jornal de un obrero más, que trabajaria en mi fábrica, ó de un peon que cultivaria mi tierra. — Y no hay lector que no pudiera decir otro tanto, puesto que cada lector seria productor de algo. No fatigaré por más tiempo vuestra atencion, señores, porque creo haberos demostrado ya cuál es el fundamento ó la razon económico-política de la libertad de los cambios. Á otro distinguidísimo compañero ha tocado el sustentar en nombre de la filosofia la misma tesis que yo he sustentado esta noche, y por ello se habrá afirmado más en vosotros la creencia de que la causa cuyo estandarte hemos enarbolado es la causa de la justicia y al mismo tiempo de la conveniencia para las naciones.

La libertad, señores, conviene á todos y favorece á todos. Es la ley del sistema. Permite que el cambio sea verdad entre los individuos de un pueblo, los pueblos de una provincia y las provincias de una nacion; permite que lo sea entre las naciones de un mismo continente, entre los continentes entre sí, y por tanto entre todas las comarcas en que se divide el globo. Ella da á cada industria y á cada productor, al trabajo, al capital y á la natura-

leza su colocacion propia y natural; ella encadena en un gran sistema todas las carreras y profesiones humanas; ella hace de todas las naciones una sola nacion y de todos los mercados un solo mercado; ella asocia é identifica de tal manera á los pueblos en la comunidad de intereses, que lo que es favorable para los unos, es favorable para los demás. Todavía no está completamente realizada en el mundo la teoría de la libertad, y ya podeis apreciar sus grandes efectos. La guerra de Crimea, la revolucion italiana, la contienda de los Estados Unidos, provocan crisis en todas las naciones; la paz y la tranquilidad hacen sentir por do quiera sus saludables influencias; el grito de dolor arrancado á una nacion se trasmite á todas como el eco de los valles; el progreso de una industria, el adelantamiento de una ciencia ó de un arte, es favorable á las demás industrias, ciencias ó artes. Todo lo cual demuestra una verdad, que es como la síntesis del libre-cambio, que la ciencia es *una*, que la industria es *una*, que la civilizacion es *una*, que la solidaridad es la gran ley de la Economía política. (*Aplausos prolongados.*)

